

www.elboomeran.com/

Jesús Ferrero

Las Abismales

 Siruela

Nuevos Tiempos

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2018

Reunido desde las 20:00 horas del martes 4 de septiembre de 2018 en el Café Gijón, el Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón, compuesto por Dña. Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Marcos Giralt Torrente, Dña. Rosa Regàs en calidad de presidenta y con las valoraciones y votos emitidos telefónicamente por D. José María Guelbenzu, y actuando como secretaria Dña. Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, acuerda:

Otorgar por mayoría el Premio de Novela Café Gijón 2018 a la novela *Las Abismales* presentada por Jesús Ferrero.

El Jurado quiere destacar la valentía del autor al plantear una historia que, con un sólido anclaje en la realidad más apremiante y con acertadas referencias filosóficas y simbólicas, construye una trama apocalíptica con tintes fantásticos, inmersa toda ella en una atmósfera de intriga y misterio.

MERCEDES MONMANY

ANTONIO COLINAS

MARCOS GIRALT TORRENTE

ROSA REGÀS

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

Índice

I DE LO DESCONOCIDO	15
II DE LO INEXPLICABLE	115
III LOS DESENFRENOS DE JULIO	167
IV DE LO CONOCIDO	227

A Luis Miguel Palomares Balcells

*Nada teme más el hombre que ser tocado
por lo desconocido.*

ELÍAS CANETTI

*Nada teme más el hombre que lo que más
conoce: su animal interior.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

I

DE LO DESCONOCIDO

1

—Empieza la ceremonia del aire sofocante y la ciudad es un remolino de lenguas de fuego. Tiemblan los cuerpos y las conciencias y la noche invade las dimensiones del día. Se llenan las sinagogas, las mezquitas, las iglesias. Hay prisa por gozar y volar. La tristeza y la euforia se reparten las calles. El miedo se desliza de casa en casa, de lecho en lecho, y es difícil pactar con el sueño. En camas de niebla las hijas duermen con los padres y en las plazas claman los nuevos profetas. Algunos ceden, otros resisten, otros recuerdan a los que se fueron, otros matan aves nocturnas y esperan la llegada de la Estrella de la Mañana. Suenan cornetas, cantan las ranas del parque forestal mientras las muchachas bailan bajo la luna roja, que las mira bendiciendo sus movimientos y sus risas. ¡Ciudadanos, viva el Caos! Las palabras parecen sustancias sin peso, los relatos pierden fundamento, el silencio adquiere la forma de un clamor vacío. No me toméis por loca, anuncio a mi pesar las verdades de los demás, pero no sé nada de mí. ¿Quién vigila nuestros pasos y trastorna nuestras vidas? ¿Qué hacen esos muchachos corriendo por el parque del Oeste y

lanzando gritos al cielo? ¡Turmalín se ha perdido y Chacal ha muerto!

Es Serafina la que habla, agitándose en la cama, con los ojos cerrados y el camisón empapado de sudor. David y Samuel, sus dos hermanos, la miran asustados.

—No emplea el lenguaje propio de su edad —dice David.

—Cuando delira se convierte en otra, y utiliza palabras cultas que aprende de memoria cuando nos escucha y cuando le leo cuentos de Poe y de Tolstoi. Su cabeza es un depósito sin fondo a pesar de sus amnesias.

—Parece que se ha calmado.

—Sí, las crisis agudas nunca le duran mucho.

—¿Crees que tiene algún sentido lo que ha dicho?

—Bastará con dejar pasar el tiempo para comprobarlo.

Cada catástrofe tiene su propia forma, cada desastre sigue su propio camino. Noche cálida de junio, de una tranquilidad sospechosa. Turmalín avanza por el bosque. Acaba de dejar atrás a su madre y explora la hojarasca crujiente. Disfruta de una soledad que desconoce: olores diferentes, sonidos discordantes, crujidos que detienen su trote, árboles que filtran la luz de la luna, que la rasgan y la convierten en una sucesión de jirones ocre y azules. El cielo es una dimensión roja, como si el crepúsculo hubiese invadido la noche, hasta que las nubes negras ocultan la luna y una malla oscura lo cubre todo. De repente, Turmalín se siente nervioso; intuye movimientos por debajo del silencio. El trote se transforma en galope y escucha un rumor profundo y envolvente que parece llegar de las alturas. Un instante después, la tromba cae sobre él y se

deja arrastrar por el agua como un muerto. No opone resistencia a la potestad de la materia líquida y empieza a flotar de espaldas. La oscuridad se adensa, los bramidos se expanden de precipicio en precipicio, las piedras hacen un ruido antiguo al rodar por las pendientes de granito y de arena. Turmalín continúa descendiendo. Ya no siente el cuerpo, que se ha vuelto tan líquido como el agua. La noche oscila como una nave a la deriva y el cielo y la tierra conforman una misma sustancia indivisa. Turmalín desciende por un mundo inclinado y abismal, asciende por inmensos campos de estrellas, hasta que choca contra un muro. Su conciencia se desvanece, pero enseguida despierata y consigue alcanzar tierra firme mientras el agua inunda las calles e invade las terrazas del monasterio, los jardines italianos, el estanque de los cisnes, formando cascadas que van a despeñarse a la dehesa.

Turmalín no sabe regresar a la atalaya y se pierde en el bosque. A partir de entonces empezarán a verlo a diferentes horas y en distintos lugares. Un apicultor lo divisa junto al río desde el camino de los avellanos, un sacristán lo ve deambular por el bosque de tejos, el cartero lo descubre junto a la fuente del Romeral. Más tarde lo dejan de ver hasta que Serafina se cruza con él en la carretera del monte Abantos. Al verla, Turmalín da muestras de alegría, agitándose como un animal perdido que acaba de ver una luz en las tinieblas.

Esa noche el potro regresa a la atalaya y se reintegra en la manada.

Han enterrado a Chacal bajo un cielo cuarteado que no parece propio del verano. David, Samuel y Serafina per-

manecen un rato ante la tumba ubicada en una esquina de la atalaya.

—Chacal se pudrirá enseguida —murmura Serafina—, como los rebecos que yacen junto al río.

—¿Por qué lo dices? —pregunta David, su hermano mayor.

—Porque Chacal llevaba dos días tendido al sol, mirando al cielo con los ojos vacíos... Olía a corrupción cuando lo encontramos. Murió por perseguir a Turmalín, quería cuidar de él... Los gusanos le comerán los ojos azules. Eran como dos nubes en su cara de lobo ártico.

Serafina es una niña muy peculiar. Los especialistas en enfermedades del alma aseguran que la chiquilla es proclive a padecer amnesias transitorias, sonambulismo y trastornos nerviosos más o menos graves. Sus hermanos intentan quitarle importancia al problema. Para ellos Serafina vive en otra dimensión, y desde esa dimensión juzga el mundo y lo interpreta de forma más profunda que los demás.

—¿Cuántos han muerto?

—Solo un policía municipal y algunos animales. La tromba bajó por las calles hasta toparse con el monasterio, arrasando con ella a Chacal, a Turmalín y a diez o doce rebecos. ¿Comerás con nosotros? —le pregunta Samuel a David.

—No puedo. Hoy es el último día de curso y tengo que despedirme de mis alumnos.

Mientras Serafina acaricia a un gato, Samuel comenta:

—Pobre Chacal, era un perro muy bondadoso. ¿Sabes algo de papá?

—Anda por ahí con una mujer de Bucarest.

—Me lo temía. ¡Es un alma perdida! Mató a mamá a disgustos y llegó a pegar a Serafina cuando sus gritos no le dejaban dormir.

—Lo sé. ¿Es la primera vez que se revienta la presa del Romeral?

—No tengo ni idea. Era un pantano en desuso. Las últimas lluvias forzaron demasiado el muro y la Administración no supo adelantarse al desastre.

—Qué raro está el cielo.

—¿El cielo? Más bien está raro el mundo, hermano. Serafina lo sabe mejor que nadie. La veo más nerviosa que antes. Todas las noches tiene pesadillas.

—Siempre las ha tenido.

—Sí, pero sobre todo últimamente. La noche del derrumbe de la presa vio en sueños todo lo que estaba ocurriendo. Recuerda lo que dijo al final de su última crisis.

—Nuestra hermana me da miedo.

—Y a mí, pero la quiero tanto...

—Y yo. Es un diamante extremo. Tenemos que cuidarla con mucho celo. Su alma es de una profundidad que espanta. Ante ella me siento un pobre diablo, apenas capaz de explorar la superficie de las cosas. ¿Y si Serafina tuviese acceso al tiempo profundo?

—No me hagas preguntas que me sobrepasan. Tengo la cabeza ardiendo.